

Mi padre ideal y mi padre real

Enrique Aguilar R.



Ilustraciones: La industria de la carne de cerdo en Cincinatti, Librería del Congreso, Washington, 1873

Para Carlos Enrique Nicolás

HACE MUCHOS AÑOS LEÍ UN TEXTO en el que —palabras más, palabras menos— se decía que los mexicanos traemos la figura de nuestro padre mal colocada. Por una parte rechazamos ser descendientes de nuestro padre real, Hernán Cortés, por considerarlo abusivo, sanguinario, cruel e hipócrita, sin reconocerle ninguno de sus méritos, como su valentía, su osadía e inteligencia. Y por otra, idealizamos nuestra raíz indígena en la figura de Cuauhtémoc, sin ver que, por ejemplo, para los tlaxcaltecas o algunos otros de sus pueblos avasallados, el emperador mexica tenía los mismos defectos que Cortés para nosotros.

En esa elección del padre ancestral que más nos gusta se halla quizás parte de la explicación de por qué nos inclinamos por el débil cuando nos encontramos frente a una disyuntiva. Es decir, votamos por un modelo vital que es el ejemplo de la honrosa derrota. Esto último no recuerdo si lo decía aquel texto, pero en todo caso lo digo yo al calor del análisis; pero lo que sí decía ese primer planteamiento es que al inclinarnos por



nuestra raíz paterna indígena vencida, y por rechazar al progenitor español vencedor, los mexicanos una y otra vez terminamos peleados con nuestro padre real. Lo anterior implica que, para nuestro mal, rechazamos al padre real, con todos sus defectos, pero también con sus cualidades, y nos construimos un padre ideal inexistente, inalcanzable y en el fondo inútil para efectos prácticos, que a fin de cuentas son los que sirven para vivir.

Respecto del tema paterno, ahora también recuerdo unas reflexiones populares que circulaban hace algunos años impresas en unas hojas blancas en las que se decía cómo cambiaba la figura del padre con los años: “el niño dice: ¡qué grande es mi papá!; el muchachito confiesa: mi papá a veces es un poco pesado; el adolescente se rebela: el viejo es insoportable; el joven concluye: mi padre es un imbécil; el adulto critica: mi viejo ya está un poco cansado, y el hombre maduro analiza: cuánta razón tenía mi padre...”

Esos planteamientos en cierto modo coinciden con lo que, según mi memoria, decía el primer texto aquí mencionado, reflejan cómo es que con el tiempo y la vida transcurrida cambia el aprecio, la imagen y las acciones del padre real, mediante un proceso complejo y cargado de incomprensión y contradicciones.

En la vida cotidiana, como bien lo saben los psicólogos y sobre todo los psicoanalistas, la mayoría de

la gente se abstiene, para su mal, de reflexionar sobre dónde y cómo tiene colocada la figura de su padre. Al respecto, la gente, por ejemplo, cuando llega a la adolescencia no suele hablar en primera instancia del oficio o la profesión de su padre porque a muchos les causa vergüenza. Y en cuanto a eso no importa ni el propio desarrollo ni la ocupación o condición social, ni tampoco la ocupación del padre.

A uno de mis amigos —tal vez el más sabio y centrado que tengo—, pese a su experiencia y conocimientos, aún le cuesta trabajo decir que su padre fue funcionario en un juzgado. Otro, un periodista muy exitoso, tiene metida en el ropero la imagen de su padre: un respetado profesor universitario. Tal vez el primero no ha logrado superar, entre otras muchas cosas, la forma adusta en que lo trataba su progenitor cuando él era joven.

El segundo amigo tiene muy presente, aunque de eso habla poco pero hondo, que el profesor universitario, siendo él púber, lo dejó al cuidado de su madre para irse a formar otra familia y hasta a vivir en otra ciudad.

Cuando estos procesos se aprecian desde fuera, a veces cuesta trabajo entender cómo es que las personas tienen problemas por algo que en apariencia no tendría por qué ser fuente de conflicto: la profesión del padre. Claro que ese conflicto es el resultado en términos generales de una deficiente relación.

De lo anterior yo no he sido la excepción. Mi padre fue de oficio tablajero o carnicero, como se le conoce comúnmente, y a mí desde niño me avergonzaba un tanto su ocupación sangrante y de poco refinamiento, aunque al mismo tiempo disfrutaba campechanamente y sin remordimiento alguno las comidas abundantes que por su trabajo había en la casa familiar todos los días. Falsedad y pragmatismo infantil bastante injustos e interesados eran los míos, ahora lo reconozco, porque por un lado renegaba del oficio de mi padre pero aceptaba sin culpa alguna sus sabrosos beneficios dietéticos.

Varios chiquillos con los que yo solía jugar afuera del negocio de mi padre, cuando me querían fastidiar, se dirigían a mí diciéndome “hijo del carnicero”, como si eso fuera un insulto, y yo lo tomaba como tal, y muchas veces terminamos trezados a golpes. Como uno era hijo de un taxista, el otro hijo de un obrero, y uno más hijo de un ladrón, todos ellos tenían más experiencia para circular por el ambiente violento de la calle, pero de los cuatro yo era el que comía mejor, justo por el oficio de mi padre; y a los tres, gracias a la

energía que me daba la abundante ingesta de proteínas, sin falta yo solía vencerlos en nuestros pleitos de chamacos, inclusive cuando se me dejaban venir en bola.

Tardé varios años en comprender que ninguna ocupación, salvo la de ratero, era ni mejor ni peor que la de mi padre, y que ser hijo del dueño de la carnicería no tenía por qué causarme ninguna vergüenza; sobre todo por las evidentes ventajas alimenticias y culinarias que me reportaba en un país de desnutridos.

Una declaración que me influyó de manera esencial fue la que leí de Gabriel García Márquez, quien declaró que él nunca iba a ser más ni menos que uno de los varios hijos del telegrafista de Aracataca, su pueblo natal. Aunque como también lo deja ver en sus memorias, el creador de Macondo, al igual que muchos de nosotros, de joven tuvo una relación distante y por temporadas hasta conflictiva con su luego admirado padre.

Como no hay crimen sin castigo, ahora yo también estoy en ese sube y baja estimativo que implica la paternidad. 

